

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION CATÓLICA QUINCENAL

GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

Con censura de la Autoridad Eclesiástica.

Redactor y Propietario, D. Adolfo Clavarana, Abogado.

JUSTICIA DE DIOS.

D. Profundo era uno de esos seres nacidos para investigar cosas altas y para descubrir cosas hondas.

El lo sabía todo: desde el peso de los astros más remotos, hasta el peso de los átomos más diminutos; desde la composición química de las atmósferas siderales, hasta la razón mecánica de los movimientos de un mosquito.

De idiomas no se hable. Así escribía en alemán como charlaba en hebreo y así silbaba en chino como bufaba en ruso. Es decir: que en materia de lenguas era un hombre universal, pues la única que se le había resistido y no había llegado nunca á poseer era la de su mujer, hembra flamenca y llena de voluntades que se había propuesto tener lengua propia y hacer de ella lo que le diese la gana.

Dejo á la consideración del lector lo infatuado que estaría con su ciencia el bueno de D. Profundo y lo muy por encima del hombro que miraría á los míseros mortales un hombre tan encopetado, que á cualquier hora del día podía mostrar veinte títulos honoríficos de otras tantas sociedades científicas que se disputaban el honor de contarle como uno de sus más esclarecidos individuos.

Hablar á D. Profundo de ciertas prácticas piadosas era lo mismo que proporcionarle un rato de diversión, pues, como hombre que se lo sabía todo, miraba siempre con desden lo que él llamaba puerilidades humanas, fanatismos invencibles, que sólo habían de desaparecer algún día, según decía él, á impulsos del progreso científico de los pueblos.

El credo de D. Profundo era el de un filosofastro hecho y derecho.

Para él existía una causa primera, especie de razón suficiente del mundo físico, que él tenía representada en su cabeza por una X. No necesitaba más, según decía, para la resolución de sus problemas, se escusaba de despejar esa incógnita y de darle entrada en su corazón como las gentes sencillas que no pueden vivir sin fé, esperanza ni caridad por no haberse iniciado en los sublimes secretos del llamado saber humano.

Estas opiniones del sábio D. Profundo habían trascendido á su familia. Como para él el Dios *equis* no necesitaba amores ni adoraciones, á la manera que *la causa no necesita ser adorada por el efecto* (tales eran sus palabras), había prescindido en su casa de toda clase de prácticas religiosas y dado á sus hijos una educación perfectamente *neutra*, eminentemente *filosófica y racionalista*, como correspondía á la altura

de su talento y al estado de adelanto en que le tenían colocado sus pomposos conocimientos.

El día que yo conocí á D. Profundo frisaba en los cincuenta años: era alto, bien formado, de aspecto desdeñoso y de sonrisa incrédula. Si su familia le respetaba algo, era como el súbdito al señor, por necesidad; ó como el rebaño al cabestro, por la fuerza.

El amor filial era un factor desconocido en la familia del filósofo que con tanto empeño sostenía la teoría del Dios *ley*, del Dios *inconsciente*, del Dios *fuerza* etc. etc., que, según su blasfema ciencia, así se ocupaba de las adoraciones fanáticas del vulgo, como se ocupa el sol de las plantas que vivifica con sus rayos.

De este modo D. Profundo, frío por temperamento é impío por sistema y ocupado enteramente en la investigación y estudio de los altos problemas científicos, únicos que, á juicio suyo, merecían la atención de un sábio, había criado una familia culta en la apariencia, pero salvaje en el fondo.

El corazón de sus hijos, absolutamente abandonado á sus propios instintos, había ido desarrollando en ellos un espíritu duro y egoísta, pues sabido es que el corazón humano por naturaleza propende al egoísmo cuando sus inclinaciones no son modificadas por la educación cristiana, que enseña á los hombres á llegar á sus destinos por el camino del sacrificio.

La esposa del sábio hacía juego con el resto de la familia. Mientras su filósofo marido estudiaba, microscopio en mano, las patas de las moscas, ó averiguaba por medio de un batallón de logaritmos el peso exacto del planeta Venus, ella se ocupaba en renovar mensualmente el contenido de sus roperos, ó en modificar la forma de sus corsés á fin de dar á su talle cierta ligereza; ligereza que en último caso sólo se notaba el bolsillo de su esposo, más aligerado ya de lo que era menester.

Así marchaba holgadamente la distinguida familia de D. Profundo por el camino trazado por las teorías del sábio que lo sabía todo, todo, todo menos lo único que, sin duda, le convenía saber.

—Dios guarde á V., doctor, díjele un día penetrando en su gabinete de estudio, donde solía pasar con él algunos ratos.

—¿Cómo ha de ser esa *guardiania*? me contestó con la sonrisa en los labios, aludiendo irónicamente á mi cristiano saludo.

—Como la del padre que vela sobre sus hijos, le contesté resistiendo seriamente su alusión impía.

—La naturaleza, contestó el sábio, ha dotado al hombre de los medios necesarios para guardarse á sí mismo y en vano el que los ignore solicitará ser guardado si, entregándose á piadosas ilusiones, se ol-

vida de ilustrar su entendimiento con las luces de la ciencia.

—Bonita contestacion, si fuera verdad su contenido.

—Lo es, amigo mio, lo es; sólo que el vulgo ignorante quisiera que no lo fuese, porque le viene más cómodo creer en una providencia encargada de defenderle á cambio de algunas oraciones, que tomarse el trabajo de ilustrarse para vencer á la naturaleza que le rodea.

—No blasfemeis, doctor. No niego que la ciencia sea uno de tantos medios concedidos al hombre para defenderse de su propia desdicha; pero niego en absoluto que esa ciencia le baste para alcanzar su bien en la tierra y en el cielo.

—¡Siempre el cielo! replicó D. Profundo acentuando más su sonrisa escéptica. ¿Qué necesidad tiene el hombre de fantasear cielos imaginarios cuando tiene en su mano labrárselos reales en este mundo por medio del trabajo y de la ciencia? Esos cielos del vulgo, con sus éxtasis ilusorios y vacíos, no son otra cosa que el espejismo de su deseo y la expresion de su ignorancia.

—Decid más bien que son el consuelo de la desgracia que confía en la misericordia.

—El hombre no debe confiar sino en sus propios esfuerzos, replicó el doctor con orgulloso énfasis.

—Y de qué le pueden servir esos esfuerzos, dige yo, cuando sopla sobre él el huracan del infortunio?

Iba el Doctor á sonreír y á replicar de nuevo, pero en aquel momento se presentó un criado con el correo.

Comenzó el sábio á abrir su correspondencia. Entretanto yo contemplaba uno de sus álbums. De pronto, al sonido de una interjeccion brutal levanté la cabeza y le vi pálido como la muerte, estrujando entre sus manos una carta.

—Qué os pasa, doctor?

—¡Mucho! me contestó desencajado: leed esta infamia.

Era una carta de su hija: de una hija que habia educado científicamente y que, científicamente tambien, habia empezado á dar á su padre cada disgusto, que temblaba el orbe.

La cultísima niña, encaprichada de un saltimbanqui callejero, cuya atlética musculatura contempló un dia desde los cristales de su gabinete, habia resuelto filosóficamente sustituir la monótona compañía de papá por la menos monótona de su hércules William Pikpok, comedor de estopas encendidas y equilibrista acreditado... *de perdulario*, en todas las capitales de Europa. Al efecto acababa de huir á América con su amante, despidiéndose de su padre con la siguiente cartita.

«Querido papá: Siento proporcionarte un pequeño «disgusto, del que, sin embargo, espero te consolarán «pronto tu talento y tu espíritu filosófico y reflexivo.

«Amaba á William y tú te has opuesto á nuestros «amores. Esto no es justo, porque el grito de la naturaleza en esta materia ha sido siempre un grito de «libertad.

«La seleccion sexual tiene sus leyes y en vano es «ir contra ellas, porque ellas son, como tú has dicho «muy bien en tus excelentes obras transformistas, «las que conducen á las razas humanas por el camino «de su perfeccionamiento.

«Cierto que en la lucha por la existencia el placer «de la vida que se desarrolla produce fatal y necesariamente una cantidad igual de dolor en la vida

«que se atrofía; pero ¡cómo ha de ser! para que unos «gocen y realicen su destino han de padecer otros «que ya lo han realizado. Hoy te toca á tí; mañana «me tocará á mí. Es la ley fatal de la naturaleza, que «tú, como hombre sábio, conoces bien, y esto te consolará, como así lo desea tu hija

Luisa.»

—Científica es la carta, exclamé pasmado ante el cinismo de la niña y ante la justicia de Dios. Parece escrita por vos, doctor. No culpeis á nadie; vos tenéis la culpa.

El doctor no contestó. Aturdido y pálido se paseaba por el gabinete, completamente abrumado bajo el peso del inesperado castigo.

En aquel momento penetró en la estancia la esposa de D. Profundo, vaporosamente vestida y cuajada de brillantes, en disposicion de marchar al teatro.

Enterarse de lo que ocurría, dar un grito de rabia, más bien que de dolor, y dirigirse como una leona, á su marido, para insultarle, todo fué obra de un instante.

—Tú tienes la culpa, bestia, rugió D.^a Marianita (que así se llamaba la voluminosa hembra del sábio) agitando los puños crispados y haciendo sonar el doblé de sus brazaletes al compás de las plumas de su prendido, que empezaron á caerle como se le caen á una cotorra cuando muda. Tú tienes la culpa, porque has provocado con tus necias intolerancias la fuga de nuestra hija.

—Señora, exclamé interponiéndome: ¿aún haceis cargos á vuestro esposo por falta de tolerancia?

—Sí los hago, señor mio. ¿Quién le manda á este hombre oponerse á los deseos de su hija? ¿No era libre para elegir esposo? ¿Con qué derecho ha tratado de coartar su autonomía?

—¡Otra sába! dije para mí; esto acaba mal. Pero, señora, repliqué levantando la voz, ¿y la autoridad paterna? ¿y la ley de Dios que manda á los hijos atender con respeto los consejos de los padres y á los padres atender con solicitud á la guía de sus hijos?

—¡Qué ley divina ni qué ocho cuartos! replicó la irritada señora despidiendo cólera por sus ojos pintados á la tinta china y chorreando mejunjes mezclados con sudor, efecto del coraje que se habia desarrollado en su casi desnuda persona. Aquí ha ocurrido una desdicha, gracias á tus ridículas imposiciones, añadió encarándose con su marido; y yo, que no me he casado contigo para ayudar á llevar cruces como dicen los necios, sino para gozar de derechos á cambio de obligaciones, dejo á tu torpeza el cuidado de deshacer su obra y me voy con mi hija, que es la única que en esta casa tiene sentido comun.

Y diciendo y haciendo la pintada señora, aquella señora que segun malas lenguas habia derrochado la fortuna de su esposo, gracias á una vanidad que nunca encontró correctivo entre las doctrinas del sábio, salió hecha una furia, dejando á mi pobre amigo abandonado á su dolor, en el momento más angustioso de su vida.

La escena no podia ser más triste y, sin embargo, no era sino la representacion viva de las teorías del doctor. Es decir: sus principios puestos en accion por mano de la Providencia, para que le sirvieran de ensayo. Pero en aquel momento el desgraciado filósofo no estaba para ensayar.

Cuando me dirigí á él para consolarle, observé que su semblante estaba descompuesto y temí un accidente. Entonces me precipité rápidamente en busca de un médico.

Dime mucha prisa para hallarle; pero cuando volví encontré realizados mis temores.

D. Profundo acababa de sufrir una congestion cerebral y los criados corrian aturridos de un lado para otro, sin acordarse ninguno de llamar al señorito Roberto, único hijo varon del doctor, que en aquel momento dormia tranquilamente su cotidiana siesta de cinco horas, para levantarse á la del teatro y pasar el resto de la noche donde mejor acomodaba á su libérrima persona, pues en aquella jaula de filósofos, todos gozaban de igual autonomía.

—Llamad á ese sapo, grité cargado al ver tanto desórden, mientras en mi corazon seguia admirando la justicia de Dios que así sabe castigar la impiedad de los hombres.

Instantes despues penetró Roberto en el gabinete, con los ojos soñolientos.

Disponíame, cuando lo ví entrar, á suavizarle un poco la impresion; pero no fué necesario, porque echando mano á la petaca, mientras lanzaba una mirada indiferente sobre su padre,

—Me lo esperaba, dijo alargándome un cigarro. Ya sabia yo que este hombre nos habia de dar algun disgusto con sus *chifladuras*.

Tentado estuve á contestarle con un puntapié, pero me contenté con replicar:

—Es decir que V., Roberto, tambien opina como mamá, quitando la razon á su desgraciado padre.

—Yo, amigo mio, siempre opino con el sentido comun.

Volvió á cruzar por mi mente la idea del puntapié, pero volví á dominarme.

—En resumen, hijo mio, que aquí en esta casa están demás el respeto filial, la autoridad paterna etc. etc.? aquí no hay más que autonomía, filosofía y algarabía.

—Mire V., señor, replicó Roberto en tono impertinente: si hemos de hablar aquí formalmente y como personas ilustradas, convendrá V. conmigo en que por más valor que quiera darse á ciertos sentimientos, que yo respeto en lo que puedan valer, la familia está hoy constituida sobre distintas bases que lo estaba en tiempos que han pasado para no volver. ¿Me querrá V. decir si despues de haber formado la ciencia los conceptos que ha formado sobre la paternidad, borrando sábiamente ciertas preocupaciones sentimentalistas que han sido siempre la rémora de la humanidad, estamos ya en el caso de conservar esas preocupaciones en el seno de una familia sensata?

—Mas claro, Robertito, repliqué con viveza: que segun V. y su ciencia, estando relevados los hombres de dar piadoso culto á Dios, á quien Vdes. miran como una fuerza tan inconsciente y fatal como la de la corriente que mueve un molino, lo están tambien de respetar y amar á sus padres, á quienes se mira como meros instrumentos de esa fuerza caprichosa que se vale de ellos para la propagacion de la especie.

—Hombre: no digo yo que se prescindá en absoluto de ciertos sentimientos; pero.....

—Pero, vamos, reconoce V. que son sentimientos que nada significan en el seno de una familia *sensata*, como V. dice, ó *impia*, como digo yo.

—No quisiera que V. tomase en mal sentido....

—Nó, amigo mio; no hay de qué: conozco esas doctrinas. Se las he oido al papá muchas veces. «Dios no necesita, decia, de los amores y adoraciones de los hombres, como la causa no las necesita de su efecto, pues así se ocupa de tales adoraciones esa fuerza á quien el vulgo llama Dios, como el sol puede ocuparse de la gratitud de las plantas que vivifica con

sus rayos.»

—Sí, recuerdo haber leído eso en las obras de papá.

—Sí, señor: en las obras de papá, que hoy están dándole su fruto en V. que, discurriendo lógicamente, dice para sus adentros y aún para sus afueras: «Si á Dios, autor del mundo, no le debo respeto alguno, á mi padre, mero instrumento de Dios, menos le deberé ninguna clase de sacrificios.» ¡Justicia de Dios!

En aquel momento se oyó un profundo suspiro en la alcoba del enfermo.

Abrió el sábio los ojos y al fijarlos en su hijo dos lágrimas rodaron por sus mejillas de cadáver. Quiso hablar y no pudo.

—¡Qué diablo! decia el estúpido Robertito arrojando bocanadas de humo de su aristocrático veguero: este hombre, al cabo, nos va á dar quehacer.

Por mi parte comprendí que no habia tiempo que perder. El médico habia encargado que si el enfermo daba señales de vida se le administraran los sacramentos y me lancé en busca de un Sacerdote.

Cuando llegó, se preludiaba un nuevo ataque.

El ministro de Dios apenas tenia ya tiempo para decirle algunas palabras.

Yo me encontré sin fuerzas para presenciar aquella escena y me salí de la alcoba sollozando.

Entonces se oyó la voz del Sacerdote, que, con una oportunidad verdaderamente inspirada, gritaba al oido del moribundo sábio:

—Doctor: vais á morir. Pedid perdon á Dios, pues *el temor de Dios es el principio de la sabiduría* y sin ese temor toda ciencia es vana. Elevad vuestro corazon al Señor de las misericordias, al único capaz de consolar al hombre en sus desdichas y perdonarle en sus extravíos. Decid, doctor, en lo más íntimo de vuestra alma: Perdon, Señor; vos sois un padre á quien en mi vanidad jamás he querido conocer y que hoy me prueba su existencia por medio de su justicia.

.....

Estas últimas palabras ya no las oyó el doctor. Acababa de morir.

Sin duda Dios habia querido pronunciárselas cara á cara desde el trono de su eternidad.

SAN PEDRO EN LAS CADENAS.

Hé aquí cómo refiere San Lucas en su libro de Los Hechos de los Apóstoles el portentoso milagro con que quiso Dios librar á San Pedro de las manos de Herodes, el perseguidor de los primeros cristianos y cuyo milagro hoy celebra la Iglesia en su fiesta dedicada á San Pedro Advíncula.

Dice así:

«Y en el mismo tiempo el rey Herodes envió tropas para maltratar á algunos de la Iglesia.

«Y mató á cuchillo á Santiago hermano de Juan.

«Y viendo que hacia placer á los judios, pasó tambien á prender á Pedro. Eran entonces los dias de los Azimos.

«Y habiéndole hecho prender, le puso en la cárcel y le dió á guardar á cuatro piquetes de cuatro soldados cada uno, queriendo sacarle al pueblo despues de la Pascua.

«Y mientras que Pedro era así guardado en la cárcel, la Iglesia hacia sin cesar oracion á Dios por él.

«Mas cuando Herodes le habia de sacar, aquella

misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, aherrojado con dos cadenas: y los guardas estaban delante de la puerta guardando la cárcel.

«Y hé aquí sobrevino el Angel del Señor, y resplandeció lumbré en aquel lugar, y tocando á Pedro en el lado, lo despertó, y dijo: Levántate pronto. Y cayeron las cadenas de sus manos.

«Y el Angel le dijo: Cíñete, y cálzate tus sandalias. Y lo hizo así. Y le dijo: Echate encima tu ropa y sígueme.

«Y salió y le iba siguiendo; y no sabia que fuese verdad lo que hacia el Angel; mas pensaba que él veía vision.

«Y pasando la primera y la segunda guardia, llegaron á la puerta de hierro, que va á la ciudad; la que se les abrió de suyo. Y habiendo salido, pasaron una calle; y luego se apartó de él el Angel.

«Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: Ahora sé verdaderamente que el Señor ha enviado su Angel. Y me ha librado de mano de Herodes y de toda la espectacion del pueblo de los judíos.

«Y considerando esto, fué á casa de María la madre de Juan, que tenía por sobrenombre Marcos, en donde estaban muchos congregados y orando.

«Y tocando él á la puerta del patio, una muchacha llamada Rodhe salió á escuchar.

«Y luego que conoció la voz de Pedro, de gozo no abrió la puerta, sino que corrió dentro, y dió nuevas que estaba Pedro á la puerta.

«Y ellos le digeron: Tu estás loca. Pero ella afirmaba que así era. Y ellos decian: su ángel es.

«Entretanto Pedro continuaba llamando. Y habiéndole abierto, lo vieron, y quedaron pasmados.

«Y como él les hiciese señal con la mano que callasen, les contó el modo con que el Señor le había sacado de la cárcel, y dijo: Haced saber esto á Santiago y á los hermanos. Y saliendo de allí, se fué á otro lugar.»

Después de leer este sencillo relato contado por el Santo historiador de los hechos apostólicos, no sabe uno qué admirar más, si la grandeza del portento ó la facilidad con que la divina providencia lo llevó á cabo demostrando una vez más que para Dios no hay imposibles.

Pedro duerme entre soldados atado con dos cadenas que unen al preso con sus centinelas de vista, segun se acostumbraba en aquel tiempo.

Al dia siguiente va á sufrir la misma suerte que habia sufrido Santiago llamado el Mayor, hermano de S. Juan Evangelista, degollado por Herodes.

Sin embargo, su sueño es tranquilo como el de la inocencia y la fé á quienes jamás abandonó la esperanza.

De pronto sobreviene un ángel del Señor; le despierta tocandole en el lado y diciéndole *levántate pronto* y las cadenas caen de sus manos.

Pedro entonces á instancias tambien del ángel se ciñe y calza sus sandalias, se echa su ropa encima y aun no persuadido de que lo que le sucedia fuese realidad y no vision, sigue al ángel, atraviesan la primera y la segunda guardia, llegan á la puerta de hierro que va á la ciudad y la puerta se abre por sí misma para dar paso al fugitivo y á su misterioso salvador que le acompaña hasta el extremo de una calle y allí desaparece.

Entonces Pedro vuelve en sí y comprende toda la estension del milagro que ha obrado Dios para salvarle.

Considerando en esto se dirige á casa de Maria,

madre de Juan entendido por Marcos, donde estaban congregados muchos cristianos haciendo oracion. Toca á la puerta del patio, sale á escuchar una muchacha llamada Rodhe y luego que conoce su voz, de gozo no abre, sino que corre dentro á noticiar que Pedro estaba á la puerta. Tú estás loca, le contestan. Entretanto Pedro sigue llamando hasta que bajan, le abren y quedan todos pasmados.

No puede haber un corazon sano que no se sienta impresionado ante la sublime sencillez de este relato, cuya naturalidad encantadora es una prueba más de la realidad de los hechos que refiere.

Aquella muchacha que baja á escuchar y al conocer la voz del fugitivo se olvida de abrir la puerta y vuelve á dar razon de lo que pasa; aquella entrada de Pedro, haciendo señas para que callen, son pinceladas tomadas del natural, que dificilmente se confunden con las que usa cualquier autor que narra hechos imaginarios.

Las cadenas del Santo Apóstol se conservan hoy en Roma expuestas á la veneracion de los fieles, que han hallado en ellas muchas veces consuelo en sus enfermedades y alivio en sus dolores.

Demos gracias á Dios que así nos ofrece á cada paso motivos multiplicados para acrecentar nuestra fé.

VARIEDADES.

Una de las medidas que en odio á la Iglesia católica tomó poco tiempo há el gobierno de la vecina Francia, fué la de expulsar de los Hospitales á las Hermanas de la caridad sustituyéndolas por enfermeras asalariadas. Pero es tan pésimo el resultado que esta medida está produciendo en el servicio de los pobres enfermos, que el periódico *La Linterna*, enemigo furibundo de todo lo que huele á monjas y frailes, se queja del abandono en que las nuevas enfermeras tienen á los enfermos y llama la atencion del gobierno para que evite tan criminal conducta.

Desengañese *La Linterna*, y todos los periódicos que piensan como ella. El fuego de la caridad tiene su foco en la religion católica, y á medida que uno se separa de ella, ese fuego se debilita hasta extinguirse.

Si los pobres, los enfermos y los desgraciados no tuvieran otro consuelo que el que le proporcionasen los filosofastros enemigos del cristianismo, estarían frescos.

Por eso el pueblo será cristiano siempre y sólo dejará de serlo cuando se le engañe, como se esta tratando de hacerlo por todos los medios imaginables... (por supuesto, con su cuenta y razon, porque en este mundo picaro cada uno va á su negocio.)

* *

Tambien el gobierno belga, uno de los que en Europa persiguen con más encarnizamiento á la Iglesia y muy especialmente á las órdenes religiosas, milicias beneméritas del catolicismo, ha venido á condenar con sus hechos la injusticia de su proceder, poniendo de manifiesto todo el valor y grandeza de las cosas que persigue.

Habiéndose presentado en Lieja el tifus, terrible enfermedad contagiosa de la que todo el mundo huye, y al ver que su intensidad y violencia aumentaba por momentos, las autoridades locales se apresuraron á dirigir instancias á todos los conventos del reino pidiendo religiosos para asistir á los enfermos en sus últimos momentos y hermanas de caridad para cuidarlos.

Las instituciones religiosas han contestado como debian á este llamamiento, pues son ya sesenta los religiosos y religiosas que han llegado á Lieja procedentes de Brujas, Amberes, Bruselas y Tirlemont, mientras se espera la llegada de muchos mas.

No hay para qué decir que hasta los amigos del gobierno admiran el espíritu de sacrificio de estos ángeles de caridad que así cumplen su mision sirviendo desinteresadamente á la causa del pueblo.